

# EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA EN SU VEINTE ANIVERSARIO Y EN EL «AÑO DE LA FE»

## I. INTRODUCCIÓN:

Es obligado que agradezca al sr. Obispo la confianza que me ha mostrado al encargarme que os hable del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en este 20 aniversario de su publicación. Doy las gracias a D. Juan Antonio por su confianza.

Sin duda el *Catecismo* es una de las mayores obras nacidas del Concilio Vaticano II, una obra que perdurará y que mostrará su fecundidad con el tiempo. Es una gran obra por la riqueza y la abundancia de su contenido y por cómo este contenido está ordenado y estructurado, por su arquitectura, podríamos decir. Es además un documento complejo, no en el sentido de que sea difícil de entender, sino en cuanto a su naturaleza, a su valor magisterial, a su historia, al lugar que debe ocupar en la evangelización, en la catequesis de la Iniciación Cristiana y en la formación del Pueblo de Dios... Tanto su grandeza como su complejidad hacen que los puntos de partida para acercarse a él puedan ser muy diversos.

El año de la fe, que es el contexto actual en el que nos movemos, no elimina muchas de estas posibles perspectivas, pero nos pone en la pista de lo que el *Catecismo* es en realidad: un documento de la fe de la Iglesia, que nace de la profesión de fe y que tiende a la confesión de la fe y a la profesión de la fe<sup>1</sup>.

Es el momento de aclarar mi intención en esta mañana. No quiero hacer un resumen de los contenidos del *Catecismo*, ni quiero explicar su estructura, externamente cuatripartita, pero internamente trinitaria, o explicar su valor magisterial, etc. Lo que pretendo es reflexionar sobre la naturaleza del *Catecismo* de modo que crezca en nosotros la estima por este texto y que apreciemos mejor su enorme valor como expresión y guía de nuestra fe, y capturemos mejor sus posibilidades para la evangelización y la catequesis.

**La premisa de todo lo que voy a decir con este fin es que el *Catecismo* es un documento de la fe de la Iglesia**, vinculado a la vida de la Iglesia, una vida que es desarrollo de esta fe. Esta vinculación entre la fe de la Iglesia y el *Catecismo* permite que cada uno de nosotros, y cada uno de los fieles, al acogerlo en su conjunto, podamos terminar proclamando con orgullo las mismas palabras que repetimos tras la profesión

---

<sup>1</sup> Cf. MANUEL DEL CAMPO, "El Catecismo de la Iglesia Católica. Del acto de fe a la profesión de fe", en: J.C. CARVAJAL – A. CASTAÑO,

de fe en la celebración del Bautismo: “Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Por este motivo hoy hablaré de la realidad de la fe, porque sólo sopesando de nuevo el valor de la fe podemos entender y valorar la naturaleza del Catecismo y la realidad concreta y textual del Catecismo.

Analicemos primeramente la realidad que está implicada en este principio del que depende todo lo que quiero decir: que el Catecismo es un documento de la fe de la Iglesia:

1. El protagonista, el sujeto, de la profesión de fe es siempre la Iglesia, el Cuerpo de Cristo; mientras que el objeto de su profesión es Dios Uno y Trino.
2. En realidad, aunque el sujeto de la fe es la Iglesia, su inicio está en Dios. Dios es el inicio de la fe, es quien posibilita la fe y es el objeto y el fin de la fe. Es el inicio al revelarse y al llamar al hombre a su amistad. Es quién posibilita la fe, por la acción del Espíritu Santo, que conduce al hombre hacia el Hijo encarnado y que fortalece la vinculación del hombre a Jesucristo. Dios es también el objeto y el fin de la fe: el objeto habla del contenido que la fe contempla, conoce y ve; y es también su fin, aquel punto de llegada y de descanso hacia el que se encamina el sujeto de la fe.
3. Este acto teologal de la fe es el origen del *Catecismo de la Iglesia Católica*.
4. Y además el fin del catecismo está también en la misma profesión de fe, con la cual la Iglesia dirige a Dios.

Se puede decir, por tanto, que el Catecismo vive en el acto de fe de la Iglesia y la sirve. Con el *Catecismo de la Iglesia Católica* la Iglesia ahonda en la comprensión y en la vivencia de la fe y la expresa de tal forma que pueda abrazar en ella a los hombres que se acercan atraídos por el testimonio de los cristianos y por el primer anuncio del Evangelio. El *Catecismo* sirve, por tanto al crecimiento de la fe del Pueblo de Dios: a la comprensión de su objeto, a la vida y al alcance de su tender hacia Dios y a la incorporación de los nuevos hijos a su fe.

Esta perspectiva nos ayuda a entender desde el primer momento que el *Catecismo* no es un documento sólo de clarificación doctrinal, aunque también lo es y las primeras peticiones que se hicieron para su elaboración tenía mucho que ver ello. El *Catecismo* es un servicio al *acto de fe*, y justamente por eso es, en primer lugar, un servicio *al contenido de la fe*. En realidad en la experiencia cristiana estos dos elementos son inseparables: un contenido cierto de la fe y una vida, un movimiento del espíritu cristiano que se dirige al Dios verdadero. Sólo una fe que ha dejado de ser tal, que ya no puede ser llamada fe, puede encontrar por separado el movimiento espiritual de la fe y su contenido.

El movimiento espiritual de la fe depende del contenido. ¿Qué contenido es este? Aquel que está en su origen, la revelación de Dios. Aquel que está en su fin, el Dios trinitario que se ha ofrecido a sí mismo como meta. Y aquel que constituye su fundamento presente: la vida divina dada al hombre. Hay una realidad concreta de la cual nace la fe, hay una realidad concreta que la sustenta y la vivifica, y hay una realidad concreta que constituye su única meta. La fe, como movimiento espiritual depende de este contenido. Sin él, si se quisiera comprender como pura espontaneidad del espíritu humano, sería sólo un movimiento sin fundamento, sin vigor y destinado a debilitarse y extinguirse sin poder salir de los propios límites del individuo.

La fe es un movimiento del espíritu humano, un movimiento asombroso, que hace que el hombre pueda alcanzar la vida de Dios y dar así respuesta a la llamada que el hombre creado recibe en su conciencia: «*Buscad mi rostro*»; y al deseo de su espíritu creado, el deseo de Dios. Sin embargo sólo el contenido de la revelación de Dios constituye su verdadero punto de partida, su verdadera fuerza y su meta clara. Con estos contenidos ciertos, la fe es capaz de iluminar la búsqueda humana, y es capaz de conducir al hombre hasta el mismo Dios. Es la realidad de Dios, que se ha revelado en Cristo –y la Iglesia y su vida en la historia pertenece al misterio de Cristo–, la que da eficacia a la fe.

La eficacia de este viaje de la fe que pretende navegar hasta más allá del universo creado, y sumergirse en la corriente infinita del amor trinitario depende de Dios, de su verdad, de lo que nos ha revelado, de lo que realmente nos da en los sacramentos, de lo que realmente nos ha prometido. Si el acto humano que es la fe no se sustentase en la verdad de Dios y de su obra, y en la fuerza concomitante y preveniente de la gracia, no sería más que un intento romántico e inútil de romper los límites de nuestra condición creada.

Por lo tanto, si se desdibuja el rostro de Dios, si se desdibuja la verdad de la revelación, la fe deviene en un deseo incapaz de divisar y de alcanzar su meta, deja de ser fe, decae en una mera expresión del sentido religioso del hombre, que no tiene nada de despreciable, pero que no puede ser comparado con el don de la Revelación y de su respuesta eficaz.

El Catecismo sirve por tanto a la fe, a esta vida que es un movimiento espiritual del hombre que, llamado por Dios, se dirige a él vivificado por el Espíritu Santo. Sirve a la verdad de este Dios que es su inicio y su fin, que la alienta y la hace eficaz. Es un servicio a la fe de la Iglesia para que pueda avanzar en la contemplación, en la vivencia y en la comprensión del misterio de Dios. Es un servicio para que en esa vida la Iglesia pueda abrazar y alimentar a nuevos hijos y los pueda hacer partícipes de su propia vida.

Sirva lo dicho como introducción que vincula la importancia y el valor del Catecismo al valor de la fe. Ahora me gustaría desarrollar tres puntos:

1º. Intentaré una descripción del contexto cultural y eclesial en el que hay que comprender el CCE, digo ya que el punto fundamental de referencia para comprender el Catecismo es el Concilio Vaticano II.

2º. En un segundo momento quiero reflexionar, en el marco de la transmisión de la fe, sobre las relaciones entre fe y Escritura. Es justamente en esta relación donde se ilumina el puesto clave del CCE. En este segundo momento tomaré como fundamento una famosísima conferencia que Ratzinger pronunció en el 1983, en Lion y París.

3º. En un tercer momento quiero volver a algo que ya he apuntado en la introducción y que se volverá a repetir varias veces: la necesidad que tiene siempre la Iglesia, en su vida y en su anuncio, de volver a la verdad. En este tercer momento quisiera seguir los pasos de dos sermones que Newman pronunció de forma consecutiva en la pascua del año 1835.

## II. EL MARCO HISTÓRICO ECLESIAL DEL CCE

### A. Unidad interna entre el Concilio y el Catecismo

Sin duda alguna hay una unidad externa entre el Concilio y el *Catecismo*, una unidad externa que viene marcada por un contexto unitario. Enseguida intentaremos describir ese contexto. Pero hay una unidad intrínseca previa. El *Catecismo* es uno de los frutos del Concilio Vaticano II. Su alumbramiento forma parte de la recepción que la Iglesia hace del Concilio; y la recepción del *Catecismo* es también parte integrante de la recepción que la Iglesia debe seguir haciendo del Vaticano II.

El Concilio Vaticano II es un acontecimiento con el que la Iglesia quiere dar respuesta al mandato misionero de Cristo en una época concreta. En esta época no se ha puesto en duda un punto concreto del dogma, del contenido de la fe, sino que se ha puesto en duda la existencia misma de Dios, la posibilidad de relación entre Dios y el hombre, la posibilidad de la revelación de Dios y del acto de fe del hombre. Y el Concilio habla no sobre un punto concreto del dogma, sino sobre su origen y su naturaleza, su sentido y su significado, su verdadera y objetiva actualidad en el hoy, en la Iglesia, así como el horizonte que abre al hombre.

Pero junto a este planteamiento, podríamos decir, de teología fundamental, iba a ser necesario reformular todo el contenido objetivo e inalterable de la fe de manera que se pudiese contemplar y comprender su conjunto y cada una de sus partes en el marco de las grandes constituciones del Concilio. De manera que así, armónicamente, el Pueblo de Dios tuviese una adecuada comprensión de su fe y creciese en ella, al tiempo que se le dota de la claridad necesaria para proponerla a los hombres, cumpliendo el mandato de Cristo, anunciar el Evangelio a todos los hombres.

Podríamos simplificar un poco diciendo que las grandes constituciones del Concilio ponen en primer plano el origen, la naturaleza, el sentido y el horizonte de la

revelación y de la fe, su relación con la verdad del hombre y con la sociedad, su actualidad, su presencia en la Iglesia y en su liturgia; mientras que el CCE ordena los contenidos de la fe, y cada una de sus afirmaciones simples, como un todo orgánico, en torno a cuatro dimensiones fundamentales de la vida creyente (su profesión de fe, la celebración litúrgica, la vida moral y la oración), en el marco de comprensión dado por el Concilio.

Creo, por tanto, que es posible decir que el Catecismo es fruto y desarrollo necesario del Concilio, que el Catecismo está vinculado al Concilio de forma intrínseca y es necesario abordarlo así para comprenderlo adecuadamente.

Comprendiendo esta intrínseca relación entre el Vaticano II y el Catecismo se puede decir que el segundo es, por un lado un momento eclesial de la recepción del Concilio. Y también, que la recepción del Catecismo por parte de la comunidad creyente, tal como él mismo prevé en los documentos papales con que es promulgado, es necesaria como parte de la recepción del propio Concilio.

## **B. Un mismo contexto social y eclesial. El marco histórico.**

Vayamos al contexto común, cultural, social, eclesial, donde se desarrolla y ven la luz tanto el Concilio como el *Catecismo*. Entender los puntos claves de este contexto y de su desarrollo a lo largo de los años no es un asunto de interés erudito, sino una necesidad para afrontar la misión de la Iglesia en el momento presente. Intentemos un pequeño esbozo de este contexto en su desarrollo histórico.

1. El 11 de octubre, el de 1962, daba inicio el Concilio Vaticano II.
2. Objetivo del Concilio era hacer frente al enorme interrogante, a la duda absoluta, que el siglo XIX había terminado por lanzar contra la Iglesia.
3. Desde su inicio, la Iglesia ha tenido que afrontar errores de todo tipo: sobre los contenidos de la fe, sobre la moral, o sobre la relación de la fe apostólica y la Tradición. Y también ha debido salir al paso de abusos y desviaciones con su disciplina sacramental. Curiosamente los errores doctrinales han obligado a la Iglesia a pensar sobre el significado de su fe y a expresarla en nuevos dogmas, con lo que, de hecho, se ha dado un desarrollo en la comprensión del dogma.
4. Sin embargo en los siglos XIX y XX, primero con el racionalismo y luego con el relativismo absoluto, no se ha cuestionado un punto concreto de la fe, referente a la divinidad de Jesucristo, a la Trinidad a la Eucaristía o a cualquier otro punto concreto. Sino que se ha puesto en duda y se ha negado que, de existir Dios, sea posible su revelación al hombre. El racionalismo niega la posibilidad de la revelación y, por tanto, la aceptación de verdades que Dios revela y la aceptación de Aquel mismo que se revela. No se trata de la crítica de este o aquel punto de fe, sino del hecho mismo de la revelación de Dios y de la fe; incluso de la realidad personal de Dios.

5. El racionalismo del S. XIX ha pervivido en el relativismo del s. XX y de lo que llevamos de XXI. La pretensión racionalista que partía de un concepto reducido de razón, condujo al fracaso en muchos de los ámbitos en los que desarrolló su inquisitorial examen, justamente por lo inadecuado de su punto de partida y de su método en relación con el objeto de su investigación. Pero este fracaso no llevó, en general, a repensar sus presupuestos y su método, sino que condujo, primero a la claudicación de la razón con respecto a la verdad, a la afirmación de que no podía alcanzar a conocer la última verdad de las cosas, y luego a la negación de la existencia de la verdad misma. Así la exaltación de la razón humana, cerrada sobre sí misma y con un determinado paradigma de su método, concluyó y pervive en el relativismo, que no es sino la negación de la capacidad y de la vocación de la razón.
6. Es necesario comprender la sombra de duda que el racionalismo y el relativismo lanzan sobre la fe, porque esta duda ha sido arrojada también a nuestra alma y nos acecha a todos, y muchas veces ahoga la fe dentro de los propios cristianos, o los incapacita para anunciar la fe, o hace infructuoso su anuncio. La idea de un Dios verdadero, y por tanto único y absoluto, que realmente se revela y con el que de forma real y objetiva se puede entrar en relación, se ha convertido en una idea extraña para nuestros contemporáneos.
7. Desde esta perspectiva se entiende mejor el significado del Concilio Vaticano II. Hay que recordar que sus dos grandes documentos de tipo dogmático tratan uno el tema de qué es la revelación de Dios y la fe del hombre –*Dei Verbum*–, es decir justamente aquello que se pone en cuestión. Y el otro, *Lumen Gentium*, pone en el centro la realidad humana donde está presente la plenitud de la revelación de Dios –que es su Hijo hecho hombre–. Con estos dos documentos sale al paso de la duda radical que la modernidad lanza a los cristianos. Además, la *Gaudium et Spes*, quiere fundamentar un diálogo con el mundo, mostrando una idea más verdadera de lo que es el hombre y de las exigencias de su razón. La *Gaudium et Spes* plantea las relaciones de la Iglesia con el mundo en unos términos que van más allá de las aclaraciones doctrinales o de las relaciones institucionales, justamente porque el problema que se plantea es más de fondo, es un problema sobre la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y de su razón, de su libertad, de su destino. La *Sacrosantum Concilium* no quiere sino favorecer aquella acción de la Iglesia, la liturgia, donde como en ninguna otra Cristo vivo actúa y salva. Cristo es el centro y el culmen de la revelación, es el que abre al hombre la vida divina como su propio horizonte, el que sigue vivo en la Iglesia, el que actúa de forma eminente en la celebración litúrgica de los Sacramentos.

8. El concilio acabó en el 65. Ahora bien, una cosa fue el Concilio y otra cómo llegó al Pueblo de Dios. Personalmente diría que, en gran medida, o en alguna medida, el Concilio en su totalidad y en su unidad no llegó al Pueblo de Dios. Sí llegó de forma muy generalizada una relectura y una reinterpretación que primero lo desdibujó y luego lo echó en el olvido. El proceso de relectura y reinterpretación comenzó antes de que el Concilio concluyese y continuó en el posconcilio hasta llegar a un punto crítico para la fe, un punto tan peligroso que algunos grandes teólogos y filósofos cristianos, dieron la señal de alarma, un tiempo verdaderamente que el Papa Pablo VI vivió con gran angustia.
9. Esta reinterpretación del Concilio se debió en parte a un deseo de diálogo con la modernidad, racionalista primero y relativista después. Llevó a una relectura del dogma cristiano a partir de las nuevas claves culturales, con el peligro de disolverlo en la cultura dominante. Creo que la aparición del *Catecismo Holandés* (octubre 1966), un año después de la clausura del Concilio, es paradigma de este movimiento y de sus límites. La reinterpretación del Concilio también se debió al auge cada vez mayor de la ideología marxista, que se propagaba y extendía su influencia y su hegemonía en todos los ámbitos culturales y de pensamiento occidentales. Políticamente el comunismo se mantenía tras el telón de acero, pero ideológicamente el marxismo conquistaba los lugares donde se generaba el pensamiento; también muchas mentes, universidades y publicaciones cristianas.
10. Por eso es necesario considerar dos principios de la ideología marxista: 1) La verdad no se identifica ni con la naturaleza, ni tampoco con el despliegue de la historia. La verdad no está dada al hombre, no le precede. En este sentido el marxismo comparte el relativismo común a su época. Sin embargo el marxismo no para ahí, reconoce una verdad, no la que el hombre encuentra o reconoce, sino aquella que es capaz de realizar. El marxismo «es una praxis que realiza la verdad, no la presupone»<sup>2</sup>. Es una ideología para la acción. La única verdad es aquella que podemos hacer. En el ámbito eclesial este principio se irá desarrollando como un oscurecimiento de la doctrina sobre Dios y un desarrollo de un tipo concreto de moral y de una reducción del cristianismo a moral. Hay que decir que en este punto la ideología comunista encontró el campo abonado por el evangelismo protestante, que a fuerza de proponer como el centro del Evangelio la doctrina de la justificación por la sola fe, había replegado la atención sobre la afirmación de esta verdad por parte del sujeto, oscureciendo el objeto mismo de la fe, es decir, la verdad de Dios Uno y Trino.

---

<sup>2</sup> JOSEPH RATZINGER, «Prólogo a la nueva edición del año 2000», en: *ID., Introducción al Cristianismo* (Sígueme, Salamanca 142007) 17-32

2) El segundo principio está en relación con el anterior: esta verdad que nosotros debemos crear no se consigue sino rompiendo con el pasado. Y es que la exaltación de una libertad que se fundamenta sólo en la voluntad, sin referencia a la verdad, convierte al hombre en un ser sin padres, y también sin hermanos. Eso se plasmaría en el ámbito político con la revolución y en el ámbito eclesial se traduciría en un desprecio de la Tradición, no en el sentido en que se había llevado a cabo por Lutero, sino en otro más radical. Y en su transposición al ámbito eclesial, la vuelta a las fuentes del Concilio, desembocó, para muchos, en esta ideología rupturista, oponiendo fuentes y tradición.

11. Antes he dicho que estas ideas estaban conquistando el mundo. Y así es. Otros muchos elementos favorecían este avance: injusticias sociales y otros muchos. El caso es que se convertía en un pensamiento hegemónico. Baste recordar el mayo francés, que ya nos pone en el año 68.

12. Como resumen de la trasposición de la ideología marxista al mundo cristiano se observa que lo que importaba ahora era la construcción del Reino de Dios. La doctrina sobre la oración o sobre la Trinidad, o sobre las naturalezas de Cristo, por poner algún ejemplo, quedaban en un segundo plano. En primer plano lo que aparecía era la lucha y el compromiso por un mundo mejor, la lucha por la instauración del Reino de Dios. Se sustituye la atención a la verdad de lo que Dios nos ha revelado por aquella verdad que es lo que nosotros podemos hacer. Dios deja de ser el protagonista de la salvación y el hombre toma el protagonismo de una salvación intrahistórica. Lo que importa realmente es lo que nosotros hagamos a partir de ahora. Y así se leyó el Concilio en clave ajena a su letra y a su espíritu, la clave de ruptura que hizo que algunos quisieran reinventar el cristianismo. Un inciso que viene a nuestro presente: con la caída de la ideología marxista, cayó también esta idea revolucionaria de ruptura, pero permanece totalmente viva en la sociedad y, de una forma camuflada en muchos ámbitos de Iglesia, la idea que el positivismo comparte con el comunismo: la idea de que la pregunta sobre la verdad, sobre el ser y sobre la naturaleza es irrelevante, que lo relevante es la pregunta sobre lo que somos capaces de hacer. En el ámbito eclesial, esta raíz se manifiesta en un cierto positivismo eclesial, que provoca una excesiva preocupación por todo tipo de planes de acción; una prevalencia del hacer sobre el ser. Además al discutir estos planes, muchas veces, se atiende fundamentalmente a dos elementos: uno, al consenso que podemos llegar en acciones concretas, de forma que la expresión de la comunión eclesial pasa a pivotar sobre acciones del todo coyunturales; otro, al éxito que esperamos de estas acciones, juzgando y valorando demasiado apresuradamente a las acciones o las mismas personas con un criterio de éxito y de eficacia que difícilmente puede resistir el criterio de la cruz de Cristo y de los frutos verdaderamente consistentes que sólo ella produce. De esta forma la referencia a la verdad, a la verdad de Dios, de la



Iglesia o de los sacramentos, a la verdad del hombre o de la historia, o la naturaleza de las cosas, se dan rápidamente por supuesto y quedan orilladas.

13. El resultado de la irrupción de todas estas influencias racionalistas, relativistas, marxistas y positivistas, fue terrible para el pueblo de Dios, que sufre una verdadera crisis de fe. Tanto las relecturas racionalistas del dogma, como el movimiento de ruptura, provoca todo tipo de ensayos doctrinales que sacuden la fe de sacerdotes y fieles. Tanto la predicación, como la praxis litúrgica y sacramental se vieron afectadas y zarandeadas por todo tipo de nuevas interpretaciones. Como movimiento espontáneo de defensa, muchos sectores del Pueblo de Dios se replegaron sobre una vivencia individual de piedad, que empobrece la fe y la va haciendo cada vez más incomprensible en el ámbito social, cultural, filosófico, científico, etc. Aislada de esta manera de la realidad cotidiana, pronto se hará irrelevante, y si irrelevante prescindible.
14. Esta misma incertidumbre se observa en el ámbito de la catequesis y de la educación cristiana. Pero con un agravante. Y es que se asumen como principios metodológicos de su acción, los principios y paradigmas de las ciencias psicológicas y pedagógicas de la época, que tenían ya una visión inmanente del hombre. Así por ejemplo las pedagogías conductistas, que nacen de una negación de la libertad del hombre, no buscan la toma de decisión del hombre frente a la verdad, como hace la fe, sino moldear la conducta del hombre, estimulando sus sentimientos. Así también la llamada “catequesis de la experiencia” reduce el contenido que se presenta en la catequesis a lo que de forma inmediata se muestra como “significativo” para el sujeto, pero se muestra incapaz de presentar al sujeto la novedad del acontecimiento cristiano. En la educación cristiana y en la catequesis posconciliar confluyen estos principios pedagógicos, contrarios a la pedagogía propia de la fe, y el oscurecimiento de los contenidos de la fe, a favor de la visión del hombre como protagonista solitario de su vida y de la sociedad. Es la época de la “catequesis de la experiencia” o de la “catequesis antropológica”, que ha provocado, junto a otros factores, una quiebra de la catequesis, una quiebra de la transmisión de la fe.
15. Como ya he dicho, en octubre de 1966 aparece el *Catecismo Holandés*. En realidad, respondía a una idea ya expresada durante la celebración del Concilio: un libro que diese forma concreta a la puesta al día en el terreno doctrinal. «Fue acogido ávidamente en grandes partes del mundo como una forma renovada de catequesis, pero también desencadenó serias dificultades. El papa nombró a raíz de ello una comisión integrada por seis cardenales; ... que emitió una declaración que quiso dejar intacta “la peculiaridad digna de elogio” del catecismo, pero que tuvo que precisar, incluso corregir, sus afirmaciones en puntos esenciales»<sup>3</sup>. El cardenal Journet lo calificó como un

---

<sup>3</sup> JOSEPH RATZINGER – CHRISTOPH SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica* (Ciudad Nueva, Madrid 1995) 9-39

instrumento usado para «sustituir, dentro de la misma Iglesia, una ortodoxia por otra, una ortodoxia moderna en lugar de una ortodoxia tradicional»<sup>4</sup>.

16. Muchos dijeron entonces que la mejor respuesta a la problemática del Catecismo Holandés era la elaboración de un Catecismo de toda la Iglesia. Dice Ratzinger a este respecto: «Yo expresé entonces la opinión de que el tiempo no estaba todavía maduro para tal proyecto, y sigo pensando [lo dice en 1994] que esta evaluación de la situación fue correcta».
17. Lo que no cabe duda es que la situación llegó a ser dramática para la fe del Pueblo de Dios. Algunos pidieron un nuevo catecismo que explicitase todos los contenidos de la fe y que permitiese bases firmes para la enseñanza de la fe y la predicación.
18. El papa Pablo VI convocó entonces un «año de la fe», como ha hecho ahora Benedicto XVI, intentando hacer volver los ojos del Pueblo de Dios hacia lo fundamental cristiano: al acto de fe y a sus contenidos esenciales, a la confesión de fe apostólica.
19. Dice Benedicto XVI, (*Porta Fidei* 4): «Pablo VI proclamó un año parecido en 1967 [...] Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese una auténtica y sincera profesión de la misma fe; además quiso que esta fe fuera confirmada de manera individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca. Pensaba que de esa manera toda la Iglesia podría adquirir una exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar aquel año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente». Cuando habla de las grandes transformaciones de aquel año, hace referencia al mayo francés, que supuso la plena irrupción de los principios marxistas en occidente. En el mismo documento (nº 5), el papa actual afirma que Pablo VI era consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación.
20. No sé si sería arriesgado decir aquel año de la fe y los sufrimientos de Pablo VI, y con él de otros cristianos conscientes de la gravedad de la crisis que sufría la Iglesia, tuvo una respuesta por parte de Dios: esa respuesta no fue otra que la del pontificado del Papa Juan Pablo II.
21. Lo cierto es que Pablo VI no quiso anatematizar. Hizo sencillamente una profesión de fe, pero era, eso sí, la profesión pública del sucesor de Pedro. Trató de arrastrar con él al Pueblo de Dios a un acto de fe que la renovase en

---

<sup>4</sup> "Pablo VI, Maritain y la Fe de los Apóstoles", 30 Días (Abril, 2008)

su fundamento. El 30 de junio de 1968 el papa hace un acto de profesión pública de fe que todos conocemos como *el Credo del Pueblo de Dios*.

22. Sin embargo, al menos en apariencia, la celebración de este Año de la fe no varió mucho la situación eclesial. Después de este año podríamos señalar muchos acontecimientos importantes para el contexto sobre el que queremos poner un poco de luz: la publicación, en el 72, del *RICA*; de la *Evangelii Nuntiandi* en el 75; el comienzo del pontificado de Juan Pablo II y la publicación de la *Catechesi Tradendae* en el 79. Tenemos que pararnos aquí porque esta exhortación postsinodal marca una dirección muy precisa en el ámbito de la catequesis que luego asumirá el *Catecismo*. Pretende dar una salida al dilema catequético: Hacía tiempo que se tenía la idea clara de que la catequesis no podía reducirse a una "información" de la fe, una información de la fe que daba por supuesto la fe misma. Este esquema había sido útil cuando la fe era viva y real, y se expresaba en mil formas en la vida social y eso hacía relativamente fácil el acceso y la incorporación personal a ella. Pero hacía tiempo que esta situación había ido debilitándose, hasta arrinconar cada vez más la fe al ámbito de lo privado, y dentro del ámbito privado, al ámbito del sentimiento. En muchos sectores, que aún recibían catequesis o formación cristiana escolar, esta catequesis tradicional se mostraba ineficaz. Por otro lado estaba la propuesta de la catequesis antropológica, que siguiendo los principios asumidos por el *Catecismo Holandés*, ponía al hombre como criterio del contenido que había que transmitir de la fe a y condujo en muchos casos a la disolución de la fe en los sistemas de pensamiento que ya hemos comentado. La *Catechesi Tradendae* señaló el punto de salida del problema, un punto de salida que será seguido luego por el *Catecismo*: lo que se ha dado en llamar el "cristocentrismo de la catequesis". El fin de la catequesis es poner al hombre en comunión con Cristo. El foco de atención no es el individuo, tampoco una doctrina eclesial más o menos abstracta, sino Cristo mismo y la Iglesia. Cristo que llama al hombre concreto a su seguimiento en la Iglesia; Cristo que desvela al hombre la verdad de su ser a la luz de la verdad de Dios; Cristo que responde a la verdad del hombre, lo salva y lo lleva a su plenitud. Él es la Verdad y al tiempo una persona. Se verá en todo esto una profunda sintonía con el Vaticano II. La afirmación de tal verdad por parte del hombre dista mucho por tanto de ser una mera afirmación nocional. La afirmación de la Verdad de Cristo implica al hombre entero, a la comprensión de su ser y a su destino, y reclama el seguimiento.

23. Sin embargo el hecho de que *Catechesi Tradende*, primero, y luego el *Catecismo*, junto con el DGC, señalasen el punto fundamental para salir del atolladero

catequético, no significa ni mucho menos que tuviese, ni tenga aún, una traducción adecuada en la praxis catequética general. De hecho, la situación catequética posterior a la *Catechesi Tradende* varió poco.

24. La situación de la catequesis será denunciada de nuevo por Ratzinger en una conferencia del año 1983, dada en París y Lyon, que tendrá una gran repercusión en el ámbito catequético y que ofrecerá claves decisivas para la comprensión del futuro Catecismo. No me detendré ahora en ella. Es una conferencia que se tituló: «Transmisión de la fe y fuentes de la fe».
25. Dos años después, en 1985, veinte años después de la conclusión del Vaticano II, el papa Juan Pablo II convoca un Sínodo extraordinario, cuyo fin era evaluar y promover la recepción del Concilio. Este sínodo es fundamental para entender la relación entre el Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Simplemente hago notar que, aunque algunas voces ya lo habían pedido, fue justamente aquí donde se hizo una petición formal de la elaboración de un Catecismo. Justamente cuando se valora la recepción verificada hasta el momento, se reconoce las insuficiencias y se quiere impulsar una mejor recepción del Concilio y se dan criterios que guíen esta recepción, se pide también en firme la elaboración del Catecismo. Ratzinger describirá así la situación que condujo a esta firme convicción expresada en el Sínodo del 85:

Cuando los obispos, en 1985, echaron una mirada retrospectiva y otra prospectiva, se formó en ellos, diríamos que de modo espontáneo, la convicción de que había llegado el momento y de que ya no podía haber más demoras. Después de la fase de un celo agitado con el que inmediatamente después del Concilio se habían producido en muchos lugares nuevos catecismos, cuya precipitación no había permitido que surgieran obras realmente maduras, se había renunciado en general a la idea del Catecismo. Los nuevos libros, con su apresurada puesta al día, habían vuelto a aparecer como obsoletos; al que se vincula al hoy con excesivo celo, mañana se le contemplará ya inevitablemente como pasado de moda.

Se generalizó la opinión de que los constantes cambios de la vida y del pensamiento no admitían ninguna afirmación válida a largo plazo; que la catequesis tenía que escribirse permanentemente de nuevo. Ciertamente, hay que tenerla permanentemente de nuevo; cada catequesis es un acto de actualización, que trae la palabra común a estos hombres y a esta hora. Pero la actualización presupone algo que se extiende a cada presente singular y que hay que introducir nuevamente en él; de lo contrario resulta nula. En realidad, con este proceso de adaptaciones continuamente nuevas, tuvo lugar un vaciamiento de la catequesis, por cuya causa se volvió humanamente cada vez más difícil y pedagógico-didácticamente poco menos que ineficaz.

[...] la catequesis didácticamente tan refinada y tan referida al presente, en gran medida no versaba sobre nada, sino que sólo daba vueltas alrededor de sí misma. La catequesis se quedaba atascada en puras mediaciones y adaptaciones y apenas llegaba, por encima de todos estos ensayos de mediación, a la cosa misma. Era claro que tal enseñanza, que giraba en el vacío y no transmitía nada, no podía interesar. El contenido debía recobrar su prioridad.

Se trata, sin duda, de una experiencia extrema, que yo no querría generalizar. Pero deja reconocer la problemática de la catequesis en los años setenta y primeros de los ochenta, en los que se difundió cierta aversión a los contenidos permanentes y el antropocentrismo lo dominó todo. Así se produjo un cansancio precisamente entre los mejores catequistas y, naturalmente, un correspondiente cansancio también entre los receptores de la catequesis, nuestros niños. Se expandía la consideración de que la fuerza del mensaje mismo debía volver de nuevo a la luz. Los Obispos del Sínodo de 1985 dieron voz a esta idea: el tiempo para un Catecismo del Concilio Vaticano II estaba maduro<sup>5</sup>.

26. Juan Pablo II hizo suya esta propuesta y puso en marcha esta inmensa obra:

«Los padres sinodales afirmaron: "Son numerosos los que han expresado el deseo de que se elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto en materia de fe como de moral, para que sirva así como punto de referencia para los catecismos o compendios que se preparan en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica, y ha de ofrecer una doctrina sana y adaptada a la vida actual de los cristianos". Después de la clausura del Sínodo, hice mío ese deseo, al considerar que respondía "realmente a las necesidades de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares"»<sup>6</sup>.

27. Y por fin, el CCE aparece en 1992. La edición típica se publicará en el 97 junto al *Directorio General de Catequesis*.

Para finalizar la descripción de este contexto que va del Concilio al Catecismo diré tan sólo que desde los años 90 hasta hoy, se ha observado un hecho que parece incontestable: la dificultad de la comunidad cristiana para transmitir la fe. Así se constata por doquier, por ejemplo en otra famosa conferencia de Ratzinger, del año 2000, que se tituló: "La Nueva Evangelización" (Roma, Diciembre 2004), a la que os remito porque es verdaderamente iluminadora.

---

<sup>5</sup> JOSEPH RATZINGER – CHRISTOPH SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica* (Ciudad Nueva, Madrid 1995) 9-39

<sup>6</sup> Constitución Apostólica *Fidei Depositum* 1

Lo que se percibe es que la crisis en la transmisión de la fe es una crisis de la fe de los cristianos. Ciertamente no se vive en el interior de la Iglesia una situación tan aguda como en el posconcilio y parece que todo ha vuelto un poco a su cauce. Sin embargo la sombra de la duda de la que hablaba al principio no sólo no se ha despejado del corazón de los creyentes sino que con el paso del tiempo, ha hecho disminuir a los creyentes, ha vaciado de contenido la fe de muchos de ellos y ha convertido su fe en una cosa inconsistente y vacía. Los papas han hablado así de una apostasía silenciosa. Ahora tenemos algunos instrumentos preciosos: el Concilio, la certeza de la importancia de la fe, el Catecismo, la fuerza de muchas realidades vivas en el interior de la Iglesia, pero parece que en demasiados cristianos la fe sigue siendo muy débil y que sufrimos una incapacidad muy generalizada para transmitir la fe a las nuevas generaciones y a los no cristianos. De ahí algunas iniciativas del Papa: 1) Retomar la llamada a la nueva evangelización que ya hizo Juan Pablo II; 2) La creación de un organismo vaticano que lo promueva; 3) Convocar el sínodo celebrado ya en el 2012; 4) Y la proclamación de este año de la fe.

En este contexto el Catecismo es una llamada a no dar la prevalencia a un cierto positivismo eclesial, tal como ya advirtió H. de Lubac<sup>7</sup>, a no poner en el centro cuestiones de métodos o de estrategias, sino poner en el centro de atención, la cuestión de Dios, porque esa misma es la cuestión que está puesta en duda en el corazón y en la mente de nuestros contemporáneos y, porque al fin, de esta cuestión depende el logro o el fracaso de nuestra vida.

El Catecismo es una llamada a centrar la mirada de la Iglesia en el misterio de Dios y de su obra salvífica, una llamada a unirnos a la Iglesia que nos ha precedido y a los Apóstoles para profesar la fe, vivir de ella y testimoniarla, para hacer nuestra aquella declaración de san Pablo: «*Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí*».

### III. RELACIONES ENTRE FE Y ESCRITURA EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE. VALOR Y LUGAR DEL CCE

Ya me he referido a una famosa intervención del cardenal Ratzinger en Lion y París que se tituló “**Transmisión de la fe y fuentes de la fe**”<sup>8</sup>, de 1983. Es un texto que, a mi parecer, puso luz sobre algunos temas fundamentales para la catequesis, yo destacaré dos porque ayudan a comprender la naturaleza del Catecismo, su importancia y su lugar en la catequesis.

---

<sup>7</sup> Cf. JOSEPH RATZINGER (Ed.), *Dios como problema* (Cristiandad, Madrid 1973)11.

<sup>8</sup> JOSEPH RATZINGER., “Transmisión de la fe y fuentes de la fe”: *Scripta Teologica* 15 (1983), 9-29

El hecho de que estas conferencias sean del 83, dos años antes del sínodo extraordinario donde se pidió al papa Juan Pablo II la elaboración de un Catecismo universal, añaden más valor, si cabe, a lo que se expone.

1. El primero es el hecho de que sin la fe de la Iglesia, sin la fe viva de la Iglesia, los textos de la Escritura permanecen mudos, son sólo letra muerta.

La transmisión de fe exige poner al hombre en relación con la Revelación de Dios, con su Palabra. La razón es que la fe, que la Iglesia quiere transmitir, tiene como fuente siempre permanente la revelación de Dios. Ya hemos hecho alusión al carácter responsorial de la fe. Es normal, por tanto, que muchos, entonces y ahora, reclamasen para la Sagrada Escritura un puesto prioritario en la catequesis.

Sin embargo, siguiendo la *Dei Verbum* y la doctrina tradicional católica, Ratzinger recuerda la insuficiencia de la Escritura como fuente de la fe. El razonamiento es claro: la Revelación de Dios por su Palabra está testificada en la Escritura, pero no se identifica con ella. La Revelación de Dios se identifica con su Palabra, con su Hijo. Y el Hijo de Dios no se confunde con el conjunto de libros que forma la Escritura. Esta es la primera razón: Revelación y Escritura no se identifican sin más.

Pero hay otra razón de esta insuficiencia de la Escritura como fuente de la fe. Acabo de decir que la revelación de Dios se identifica con su Palabra. Es así, pero falta un elemento para que la Palabra pronunciada, la Palabra dada, la Palabra que se vacía en la cruz sea verdaderamente revelación. Ese elemento es la fe apostólica. La fe de los Apóstoles es la comprensión adecuada de la Palabra dada por Dios y es el principio de respuesta adecuado a esta Palabra. No existe auténtica revelación allí donde la Palabra de Dios no es acogida.

Por tanto, poner a un hombre en contacto con la Revelación de Dios implica, en primer lugar, introducirle en la comunión donde Cristo está presente, vivo y actuante; implica, en segundo lugar, referirle a los hechos insuperables e irrepetibles a través de los cuales el Hijo de Dios hecho hombre se ha revelado y ha realizado nuestra salvación; implica, en tercer lugar, ofrecerle como clave de comprensión de estos hechos y como respuesta adecuada a esta Palabra viviente, la fe de los Apóstoles que se prolonga, crece y se desarrolla en la fe del Pueblo de Dios a lo largo de los siglos (Cf DV 8).

De ahí que la Iglesia, para transmitir la fe, necesite poner al hombre en contacto con los textos donde se atestigua la revelación, pero a través de esta fe viva, que es vida eclesial, y que se concreta en unas piezas fundamentales de la catequesis: el credo, los sacramentos, los mandamientos y el Padrenuestro.

Ahora, al igual que la Escritura es testimonio de la Revelación de Dios, el Catecismo es testimonio de esta fe viviente de la Iglesia. Esta fe viva es la que debe recoger un Catecismo Universal. En realidad los límites entre Palabra y Fe, entre Revelación y Tradición no son tan nítidos como yo los he descrito aquí, pero este asunto nos llevaría muy lejos. Nos bastará esto para comprender el lugar fundamental que para la transmisión de la fe puede tener un Catecismo universal.

Lo que estamos abordando es, en realidad, un asunto fundamental. Es la respuesta a la pregunta que muchas veces nos hacemos como pastores: ¿Cómo puedo poner a un hombre en relación con Cristo? Es también la pregunta que nos podemos hacer como cristianos: ¿Qué hace posible que mi relación con Cristo posea la misma inmediatez que tuvo cualquiera de aquellas de las que dan testimonio los evangelios, la relación de Andrés o de Pedro, la relación de Zaqueo o de la Magdalena?

Y la respuesta simple, pero verdadera, es la fe apostólica. Es la fe de los Apóstoles, el acto de fe de los apóstoles, es decir aquella luz sobrenatural que recibieron y aquel acto de su razón y de su voluntad por el cual pudieron reconocer una verdad que se les manifestaba, la del misterio de Jesús muerto y resucitado y entrar en una relación con este misterio que les hacía partícipes de su vida. La fe apostólica es conocimiento del misterio de Dios y comunión con él.

Digámoslo de otra forma: la fe apostólica es, por un lado, reconocimiento y aceptación libre de una verdad que se les manifiesta y se les ofrece. Es un acto de la razón, no según el paradigma reducido del racionalismo o del cientifismo, sino según su uso más original, como una apertura radical del hombre al ser, a Dios. Pero la fe apostólica es también, por otro lado, el inicio de un movimiento de respuesta al amor que se manifiesta en la revelación de Dios. Un movimiento que es adoración, que es obediencia, que es seguimiento.

Ratzinger lo expresa de una manera estupenda: “La fe es vida por que es relación, es decir, un conocimiento que se convierte en amor, un amor que proviene del conocimiento y que conduce a él”.

La fe apostólica se expresará desde su inicio en una serie de certezas básicas. Unas certezas de dos tipos al menos: aquellas que afirmaban los hechos y los acontecimientos de los que eran testigos, es decir verdades históricas (“Al tercer día resucitó”), y otras certezas que se manifestaban y se escondían detrás de aquellos hechos y que hacían referencia a la naturaleza y al ser de aquel que se manifestaba, verdades de carácter esencial (“Jesús es el Señor”). La Iglesia se fundamenta en estas certezas que vienen de los Apóstoles y que se expresó en los símbolos bautismales. De entre estos símbolos –y por razones que muchos conoceréis que aquí no podemos abordar– prevalecieron dos: el *Símbolo Romano*, es decir un símbolo bautismal ligado a



Roma, al sucesor de Pedro, y que es la base de lo que hoy llamamos *Símbolo Apostólico*; y otro tipo de símbolo que sobre la misma estructura de confesión bautismal es ya un símbolo declarativo, fruto de la reflexión conciliar de Nicea y de Constantinopla, en controversia con las desviaciones heréticas, el que llamamos *Símbolo Niceno-constantinopolitano*.

La fe es un acto simple, en el sentido de que depende todo él de una respuesta unitaria a la persona del Hijo de Dios hecho hombre. Pero, en cuanto que implica a todo el hombre, a todas sus capacidades, en cuanto que implica toda su vida, en cuanto que hace referencia a su presente y también a su destino eterno, podemos decir también que el acto de fe es también un acto complejo.

Respondiendo a esta complejidad, el acto de fe apostólico, no se expresa sólo en el símbolo, sino también en la certeza sobre la presencia eficaz de Cristo en los sacramentos; y se expresa en un canon de vida moral que es respuesta al amor de Dios y expresión de la vida nueva que Cristo resucitado por la efusión de su Espíritu hace correr por su Cuerpo a través de los sacramentos; y se expresa también en una norma, en un canon de relación personal con el Dios Uno y Trino que en Cristo ha dado comienzo a esta relación. Así, junto al Credo, aparecen los Sacramentos, Los Mandamientos leídos a luz del Sermón del Monte, leídos también como decisión por Dios según el esquema antiquísimo de los dos caminos, y sobre todo leídos a la luz de la Cruz de Cristo; y aparece también el Padrenuestro, como norma y criterio de toda oración propiamente cristiana, como norma de interpretación y de asimilación de los salmos, como norma y criterio de la oración de los que han sido convertidos en Hijos de Dios. Estos cuatro “documentos”, como es claro, son de distinta naturaleza, pero los cuatro expresan esta fe, la realidad viva de la fe, dada por los Apóstoles.

Y sólo a través de esta fe, que se expresa en estas piezas claves de la catequesis, abarcando la complejidad del ser humano, se puede alcanzar a Cristo. Sólo la fe garantiza la inmediatez de cualquier hombre con Cristo, la relación verdadera y salvífica de cualquier hombre con él. Sin la fe, las noticias sobre Cristo, sobre su ser o sobre su historia no dejan de ser noticias del pasado. La actualidad de la única obra salvífica de Cristo en el presente, es decir, los sacramentos, sólo son accesibles por la fe.

Para entender la dinámica de la fe, en cuanto capacidad de conocimiento verdadero y relación real con Cristo, quiero acudir a la lectura que ya san Agustín hizo de algunos pasajes evangélicos, como el de la hemorroísa y el de las dudas de Mateo. Todos habréis leído los comentarios de san Agustín sobre estos pasajes. Comentado el pasaje de la hemorroísa<sup>9</sup>, San Agustín llama la atención sobre el hecho de que Cristo

---

<sup>9</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermones*, vol. 4, 229 L,2. En *Obras completas de san Agustín XXIV*, ed. Pío de Luís (BAC 447; Madrid, 1983) 354-355: “Tocar con el corazón: he aquí en qué consiste el creer. En efecto, también aquella mujer que tocó la orla lo

sea apretado por la muchedumbre, pero que sólo sea «tocado» por la mujer enferma. Este hecho queda manifiesto en la pregunta de Jesús («¿Quién me ha tocado?») y en la respuesta llena de asombro de Pedro («Señor, ¡Si todos te estrujan!, ¿cómo dices quién me ha tocado?»). Sólo quien toca con la fe el cuerpo de Cristo, alcanza en este cuerpo su misterio salvífico. Ciertamente, muchos tuvieron relación con Cristo durante su vida mortal, muchos trabaron conversación con él, lo vieron o lo tocaron... pero no todos llegaron a contemplar o a atisbar el misterio salvífico que escondía. No todos llegaron a entrar en la escuela del discipulado del Buen Pastor. La fe, como don de Dios –«Esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi padre que está en el cielo»– y como acto libre del hombre –«No queréis venir a mí para tener vida eterna»–, distingue a unos hombres de otros, tanto en el conocimiento de la verdad como en el principio de una relación de discipulado.

Comentando el pasaje de las dudas de Tomás<sup>10</sup>, san Agustín hace notar que tocar la carne del resucitado, las huellas de la pasión en la carne del resucitado, no es tocar su divinidad. Según eso, Tomás confiesa no aquello que alcanza a tocar con su dedo inquisitivo, sino lo que alcanza a tocar con la fe: «Señor mío, y Dios mío». Y sólo la fe puede llegar tan lejos.

Conclusión: la verdad de Cristo, la que se manifestó y se reveló y se donó de una vez para siempre en la humanidad que asumió de María, que llevó hasta la cruz y luego hizo resplandecer victoriosa tras levantarse del sepulcro y elevó hasta hacerla partícipe plenamente de la vida Trinitaria... Esa verdad y esa vida sólo se alcanza por la fe. Aquellos hechos fueron del todo irrepetibles. Dios se manifestó y se dio y dio sus dones en Cristo, de una vez por todas y eso significa que el testimonio de aquellos hechos es insuperable, no se pueden olvidar, no se pueden sustituir por otros para comunicar la fe. Por eso no se puede dejar atrás la Escritura y tienen razón los que reclaman un lugar prioritario a la Escritura en la Catequesis, y no sólo en la catequesis, también en la teología, etc. Eso ya está en la DV. El cristianismo no puede transformarse en gnosis, está referido a unos hechos, a una historia a una carne concreta. Pero el testimonio de la Escritura es sólo letra muerta sin esta fe, que es la fe apostólica.

Los Apóstoles al confesar la fe abrieron el verdadero conocimiento del misterio del Verbo encarnado y la verdadera vía de relación y de comunión con él. De ahí la importancia que tiene la confesión de los Apóstoles, la de Pedro: “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”; o la de Tomás: “Señor mío y Dios mío”. De ahí que la misión de los Apóstoles esté ligada a los dones del Resucitado (“Les abrió la inteligencia para que

---

tocó con el corazón, porque creyó. Además, él sintió a la que lo tocaba y no sentía a la multitud que lo apretujaba [...] La multitud apretuja, la fe toca [...] Tocadle de manera que os adhiráis a él; adheríos a él de forma que nunca os separéis”.

<sup>10</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, vol. 2. En *Obras completas de san Agustín XXIV*, ed. J. Anoz (BAC 165; Madrid, 32009) 922-923: “Veía y tocaba a un hombre y confesaba a Dios, al que no veía ni tocaba”.

comprendieran las Escrituras”). De ahí su lugar irrepetible como testigos de aquellos acontecimientos. De ahí que la teología fundamental haya fijado el testimonio apostólico no sólo como el inicio de la Tradición, sino como elemento interno de la revelación misma de Dios, porque, como he dicho antes, la Palabra pronunciada por Dios sólo llega a revelar y a donar el misterio que encierra y porta cuando es acogida y recibe la respuesta adecuada de la fe. La fe pasa a ser parte de la misma revelación de Dios. Según el viejo axioma: la revelación termina con la muerte del último Apóstol.

A partir de aquí se puede entender que la Iglesia no es sino la confesión de fe apostólica, según la expresión de san Máximo el Confesor: «La Iglesia Católica es la recta y salvífica confesión de fe en Dios, que lo ha manifestado al proclamar a Pedro bienaventurado por haber confesado rectamente». Si esto que dice san Máximo el Confesor es verdad, significa que el servicio a la verdad de la fe, que es el servicio que presta el Catecismo es vital. Vital, porque el error en la fe significa la exclusión de la Iglesia, o lo que es lo mismo, la exclusión del misterio salvífico de Cristo.

Podríamos hablar ahora de cómo esa fe apostólica es una corriente que nace ante el acontecimiento de Cristo, muerto y resucitado, y que a partir de él recorre la historia incorporando a sí a los nuevos creyentes. En efecto, uno no llega a ser creyente por un impulso natural, ni por una capacidad personal de comprender el misterio escondido en Cristo. Uno comienza a ser cristiano aceptando el testimonio y la vida que viene de los apóstoles, aceptando y participando de una vida que nos precede. Dice Ratzinger: “El acto de fe es siempre un acto por medio del cual se entra en la comunión de un todo. Es un acto de *communio*, por medio del cual uno se deja integrar en la *Communio* de los testigos, de tal manera que, en ellos y a través de ellos, tocamos lo intocable, oímos lo no oíble, vemos lo no visible”. Tras estas palabras de Ratzinger resuenan las palabras de san Juan: «Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1Jn 1,3)

Estas palabras sobre la fe enmarcan y aclaran más aquellas otras del papa Benedicto XVI, que seguramente ya os hayan venido a la cabeza, y que han sido tan repetidas: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus Caritas est* 1). El encuentro con esta persona sólo se da en la comunión de la fe apostólica.

Es un hecho que se pone de relieve en el Bautismo de Adultos, en el mismo momento de la última profesión de fe que precede a la efusión del agua. Allí la triple confesión de fe es interrogativa tan sólo para manifestar que el bautizando se adhiere a la fe que se le propone, no a una construcción de su propio genio, de su propio pensamiento, sino a la fe apostólica. En realidad la liturgia bautismal antigua y actual,

toda la liturgia del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, está llena de signos que nos hablan de lo mismo.

Por tanto, sin esta fe, que es una corriente de conocimiento y de vida que brota de la relación abierta en el diálogo entre Cristo y los Apóstoles, el mismo acontecimiento de Cristo permanece no sólo mudo, sino aislado en el pasado. Y la misma vida sacramental, cuya puerta es el Bautismo, la misma vida sacramental que hace actual y presente el único acontecimiento salvífico de Cristo, comienza con la fe que reclama la celebración del sacramento del Bautismo. Cristo “no es accesible sino en el organismo viviente que él ha creado. En este organismo, los libros de la Escritura y las declaraciones de la Iglesia que explican la fe, no son testimonios muertos de acontecimientos pasados, sino elementos portadores de una vida comunitaria. Aquí, siempre han estado en el presente y, a la vez, abriendo las fronteras hacia el futuro; puesto que nos conducen hacia Aquel que tiene el tiempo en sus manos, hacen también permeables las fronteras del tiempo. Pasado y futuro se encuentran en el hoy de la fe”.

Este es el primer asunto que quería destacar de la conferencia de Ratzinger en Lion y París, aunque he desarrollado el tema a mi modo.

2. Siguiendo el discurso de Ratzinger, y en referencia con el Catecismo, quisiera exponer un segundo asunto, del todo decisivo para la praxis de la catequesis. Un asunto cuya comprensión tendría una clara influencia en la concepción del acto catequético. Se trata de la relación entre Escritura y Catecismo en la catequesis, que desemboca en la distinción de niveles en la catequesis: un primer nivel donde aparece la Escritura y el Catecismo; un segundo nivel auxiliar de método y comentario de la Escritura y el Catecismo; y por último la acción del catequista en las situaciones particulares.

Ratzinger parte del análisis del único Catecismo de carácter universal que había existido hasta la fecha, el único texto que por su naturaleza y por su pretensión es comparable con el Catecismo actual, me refiero al *Catecismo Romano* o *Catecismo del Concilio de Trento*.

Ratzinger pone de manifiesto cómo el *Catecismo Romano* tiene una conciencia muy viva de los problemas del método catequético y deja al catequista, entonces los párrocos, una gran libertad. No exige tal o cual método didáctico. Sea cual sea el orden elegido por el catequista, pone a su disposición las piezas básicas indispensables para la catequesis, así como sus contenidos concretos, pero no le dispensa de buscar el camino más apropiado para su transmisión en tal o cual situación concreta. El Catecismo Romano presupone así un segundo nivel de literatura y la acción del catequista ante las situaciones particulares.

Esta distinción de niveles es muy importante, según Ratzinger:

“La miseria de la nueva catequesis consiste, en definitiva, en que ha olvidado a ojos vistas la distinción entre el texto y su comentario. El texto, o sea, el contenido propiamente dicho de lo que decir, se diluye cada vez más en su comentario; pero, entonces, el comentario no tiene ya nada que comentar, ha llegado a ser su propia medida, y pierde, por lo mismo, su seriedad. Soy de la opinión de que la distinción hecha por el Catecismo Romano entre el texto de base de las afirmaciones de la fe y los textos hablados o escritos de su transmisión, no es “un” camino didáctico, posible entre otros, sino que pertenece a la esencia de la catequesis. Esta distinción está al servicio, por una parte de la necesaria libertad del catequista para tratar las situaciones particulares, y es indispensable, por otra parte, para garantizar la identidad del contenido de la fe”

“Hay que atreverse a presentar el catecismo como catecismo, a fin de que el comentario pueda seguir siendo comentario, y para que las fuentes y su transmisión puedan reencontrar sus exactas interrelaciones”

Estas observaciones de Ratzinger me parecen sumamente lúcidas y útiles a la hora de afrontar el papel concreto que el Catecismo, junto con la Escritura y con “una literatura de diverso nivel” ha de tener en la catequesis concreta.

#### **IV. FE: CONOCIMIENTO QUE SALVA. EL CATECISMO EXPRESA LA PRIORIDAD DE LOS CONTENIDOS DE VERDAD SOBRE LOS PROCESOS SUBJETIVOS DEL INDIVIDUO.**

Ya hemos dicho que la fe se expresa en las cuatro piezas fundamentales de la catequesis y que el *Catecismo* consiste en su explanación y explicación. Pues bien, ahora querría subrayar que esta fe, participación de la fe apostólica, es algo concreto. No es un sentimiento difuso, sino una realidad espiritual bien concreta y definida: que se fundamenta en la verdad y que tiene un camino concreto que recorrer<sup>11</sup>. Todo este contenido de verdad es el que ilumina el Catecismo.

---

<sup>11</sup> Cf. SAN IRENEO: «La fe se fundamenta en la verdad. De hecho, nosotros creemos lo que realmente es y como es; y creyendo lo que realmente es y como siempre es, mantenemos firme nuestra adhesión». SAN IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica*, 11. Ed. Eugenio Romero Pose (F.P. 2; Madrid, 1992) 81

Quisiera desarrollar este punto siguiendo dos sermones<sup>12</sup> que Newman pronuncia en el año 35, cuando está al frente del movimiento tractariano y en plena lucha con los principios luteranos presentes en la comunión anglicana. Como podéis imaginar no seguiremos todos los pasos de los dos sermones.

Newman se da cuenta de que el dogma de “la justificación por la sola fe” en el fondo ha tomado el movimiento espiritual humano que es la fe y lo ha separado de los contenidos objetivos de la revelación de Dios, que son también parte de la misma fe. Con esta separación ha reducido la fe a un sentimiento ineficaz y destinado a su extinción.

¿Qué propone frente a eso? Propone el esfuerzo de salir de uno mismo y de los propios sentimientos, para centrarse: 1º) En la persona de Cristo, en la realidad de la Revelación, a su obra y a su ser, es decir, en los contenidos de verdad; 2º) En la obediencia a los mandamientos de Cristo. Sólo esta referencia a la verdad revelada asegura que la fe no sea un mero sentimiento humano; y sólo la verificación de que se camina en la obediencia a los mandatos de Cristo asegura que la fe camina hacia el fin debido. La fe, como experiencia espiritual no se justifica a partir de sí misma, sino a partir de un criterio externo de verdad, el del ser de Dios y de su obra, y el de la obediencia a sus decretos.

En el fondo Newman exige acudir al canon del símbolo y al canon de los mandamientos, para asegurar que la vida cristiana sea tal y no mera ilusión, no mera construcción humana. Desde luego que él no habla de «catecismo», pero me parece que nosotros podemos referir al *Catecismo* todo lo que dice a propósito de la necesidad de fundamentar la vida cristiana en la verdad. Y podemos valorar así el Catecismo como un servicio a la fe, justamente porque sirve a la verdad, no sólo a la verdad de la doctrina, sino a la verdad del movimiento espiritual de la Iglesia y de cada creyente. Se muestra así el Catecismo como criterio seguro del crecimiento y del desarrollo de la fe.

Además os propongo este sermón, porque la descripción que hace de esta fe cerrada sobre sí, degradada a sentimiento, es sumamente actual, no sé si en Inglaterra, pero sí desde luego entre nosotros, entre los católicos españoles de este tiempo.

Vamos a lo concreto de los dos sermones.

Newman titula el sermón 14, del segundo volumen de sus *Sermones Parroquiales*: “Conocimiento que salva”, lo cual ya es significativo. Comienza caracterizando la fe cristiana frente a la convicción natural de la existencia de Dios. Y dice: “Sólo en el Evangelio se ha revelado Dios hasta dar lugar a un tipo de fe que

---

<sup>12</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales 2* (Encuentro, Madrid 2007), 148-167. A partir de ahora, cuando hago referencia a las palabras de estos dos sermones, pongo entre paréntesis la página en que se encuentran.

pueda llamarse conocimiento. La fe de los paganos era ciega, era más o meno un ir hacia delante en la oscuridad, a tientas con pies y manos [...]. Pero el Evangelio es una manifestación, y por eso se dirige a los ojos de nuestra alma” (148). El Evangelio se muestra como luz para los ojos del corazón, otorga conocimiento de Dios y de Jesucristo, otorga “gracia y paz”; otorga finalmente la vida de Dios: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado”.

Frente al palpar, el ir a tientas de la “fe natural”, es “la vista... [el conocimiento claro y cierto], lo que distingue nuestra fe de la fe de los paganos”. Y lo que da a nuestra fe esta luz que la caracteriza es la novedad de aquello que tiene como objeto: el Verbo encarnado. Y la prueba de que nuestra fe está en el camino adecuado es la obediencia. «La prueba de la fe es la obediencia. “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama”». «Así que el deber y la tarea del cristiano se reduce a dos cosas: Fe y Obediencia. Mirar a Jesús, objeto a la vez que autor de nuestra fe, y actuar de acuerdo con su voluntad. [...] Ver a Dios en Cristo y querer obedecerle amorosamente en nuestra conducta» (150)

Y hace la siguiente observación sobre su presente: «Creo que hoy tenemos el peligro de no insistir suficientemente en uno y otro punto por pensar que una consideración cuidadosa del objeto de la fe no es más que ortodoxia estéril, sutilezas técnicas y cosas por el estilo; y también por creer que el énfasis en las buenas obras equivale a una fría moralidad formal». (150). Se me antoja que esta observación de Newman podríamos nosotros referirla a nuestro tiempo y al sentir de muchos cristianos

Más adelante Newman introduce el valor de la Tradición, haciendo referencia a la comprensión del misterio de Cristo que ya se nos manifiesta en las cartas apostólicas; y también a los credos y a las exposiciones de la Iglesia primitiva que conservamos en la liturgia: Unos y otros «No hablan de ningún ser ideal de fábula sino del Hijo de Dios verdadero cuya vida se registra en los evangelios. Así, todas las partes de la Revelación convergen en manifestarle a Él, que es su centro»(151).

Y vuelve sobre lo ya dicho: «Así, todo el deber del hombre se reduce a tener una fe correcta –o, como se llama normalmente, ortodoxa– y a llevar una vida obediente» (152).

El emocionalismo evangelista se oponía a una concepción así, afirmando que era necesario apelar al corazón, a las motivaciones y a los. Newman responde: 1º) «¿cómo puede nadie saber que sus motivos y afectos son correctos sino por sus frutos? [...] Tenemos que recurrir a las obras y compararlas con la Escritura como la única prueba disponible para saber si nuestro corazón es perfecto ante Dios o no» (152-153); 2º) La propuesta de una vida obediente no habla de una obediencia puntual –esa sí puede

esconder «formalismo»-; estamos hablando de una vida, de una «una obediencia continuada [que] dice mucho» (153)

«Desde luego, una buena cualidad o una buena obra, aislados, no convierten a nadie en persona virtuosa. Pero, por otro lado, no hay rasgo de la persona virtuosa que no tenga manifestación exterior. Y en la medida en que estos actos externos se repiten y son de distinto tipo, se vuelve más evidente lo robusto de esa virtud. La única seguridad que tenemos de ser virtuosos es una disposición habitual de dedicarnos sin reservas; a eso debemos tender, decididos a obedecer a Dios con coherencia, con atención celosa a lo pequeño y a lo grande [...] En la medida en que alguien tiene razones para pensar que su obediencia se extiende a todo lo que Dios le pide, en esa misma medida puede confiar humildemente en que su fe es auténtica [...] Para orientar su camino bastará con que fije su vista en Dios y se aplique a su trabajo, aunque se abstenga de curiosear acerca de sus sensaciones y emociones» (155)

«Todo lo que yo digo es que nuestro deber consiste en actos, acciones de todo tipo, actos interiores, actos de palabras, actos de mano, pero en cualquier caso actos. No reside ni en estados de ánimo ni en sentimientos. Aquel que se propone rezar bien, amar con sinceridad, ser templado en las discusiones, es sensato y virtuoso. Pero el que se propone vagamente y en general adquirir una “espiritualidad interior”, no hace más que engañarse con palabras cuyo sentido se ha vuelto malicioso» (156-157)

«La esencia de la fe es mirar hacia fuera de nosotros mismos. Pensad, entonces qué clase de creyentes es el que se encierra en sus propios pensamientos, se confía a la actividad de su intelecto y piensa que su Salvador es una idea de su mente, en vez de poner a un lado el propio yo para vivir de él, que es quien habla en los evangelios» (157)

Con esta idea de la necesidad para la vida Cristiana de olvidarse del propio yo para centrar la atención en la persona de Cristo y en la obediencia a él, termina este sermón y comienza el siguiente.

Es aquí donde Newman reflexiona sobre el desapego a la verdad que ha producido el dogma de “justificación por la sola fe” y la enclaustración del individuo, hasta hacer irrelevante cualquier doctrina que hable de algo que no sea el sentimiento del alma. ¿Qué importa así la doctrina sobre la Trinidad o sobre cualquier otra verdad externa?

«Esta moderna teoría menosprecia claramente la doctrina revelada del Evangelio... Al considerar un determinado estado del alma como el objeto central al que hay que tender convierten “la verdad que está en Jesucristo”, que es el Credo definitivo de la Iglesia, en algo secundario a la hora de enseñar y profesar la fe». [Y consideran que doctrinas como la unión hipostática solo son “pequeñeces técnicas” o “rigideces doctrinales, que apenas cuentan a la hora de definir lo que ellos llaman un verdadero creyente espiritual].



Para apoyar su posición [esta moderna teoría que desprecia la verdad], declara como axioma que el principal propósito de la Revelación es mover el corazón; que lo que no parece mover el corazón es que no lo mueve, que lo que no lo mueve es prescindible [...] Semejantes principios, una vez que se generalizan llevan a dar un peso desproporcionado a la acción de Cristo, por su carácter más inmediatamente interesante y excitante del sentimiento, en detrimento de su ser como Persona divina [...] Esta falsa sabiduría llega así a negar que la Escritura pueda tener un sentido concreto en asuntos de doctrina que permita afirmar: esto es verdadero y esto es falso; considera que la inspiración habla únicamente de acciones divinas, no de personas divinas; y que es verdad lo que cada uno piensa que es verdad, de forma que uno puede decir que Cristo es Dios, otro negar su pre-existencia, y tanto uno como otro estarán en la verdad [...]. La Escritura no tendría, pues, ningún significado sustantivo e independiente [...] **Esta teoría nos devuelve a la vaguedad del paganismo, a los tiempos en que la humanidad presentía y buscaba a tientas la presencia divina y, en consecuencia, deja sin finalidad la Encarnación de nuestro Señor en cuanto manifestación del Creador invisible**». (159-162)

Y si esto ocurre con las verdades es de la fe, lo mismo pasa con los preceptos de la fe. Infravaloran tanto las doctrinas como los preceptos. Según esta opinión «Si se tiene un estado renovado del alma, ¿qué más da que haya recibido los sacramentos o no? [...] La idea de la comunión con Cristo se limita al mero ejercicio de los afectos» y si uno se considera así justificado «se preguntará con toda razón, según es la moda del día, por qué va a tener que depender de una serie de preceptos que sus dotes espirituales han dejado atrás» (164).

A partir de aquí Newman describe los males espirituales que se derivan de estos principios, pero en eso no entraremos. Nos bastará reconocer que, de una manera u otra, la descripción hecha por Newman es una enfermedad reconocible en nuestro pueblo. En realidad, ahora las cosas han llegado más lejos, por el olvido en la catequesis y en la predicación de la escatología, la transformación por eso de la salvación cristiana en una realidad puramente inmanente, la reducción de la idea de la libertad humana y el olvido de la responsabilidad moral, la influencia de una teología plural de las religiones que desprecia lo original de la pretensión cristiana –es decir, que sólo en Cristo tenemos acceso a Dios–... En fin, la lista podría alargarse.

Sin duda la caridad es la principal medicina necesaria, pero también lo es la verdad, la verdad de la fe apostólica. Más aún, en medio de tanta confusión la primera caridad es la verdad. Esta es la que desarrolla y expone como un todo orgánico, guiado por los principios fundamentales del Concilio Vaticano II, el Catecismo de la Iglesia Católica.

Después de exponer en el Concilio la racionalidad de la apertura del hombre al misterio de Dios revelado en Cristo, y de la racionalidad de la misma revelación de

Dios y de la actualidad de esta revelación en la Iglesia y en la celebración litúrgica, la Iglesia se dirige, en primer lugar a Dios confesando su fe. El primer valor del Catecismo es el servicio a este acto propiamente religioso, referido a Dios. Este primer servicio del *Catecismo* está en relación con el primer mandamiento: el amor a Dios. En segundo lugar, la Iglesia hace de esta confesión de fe algo público, la confesión se convierte en profesión de fe, y el acto que originariamente se dirige a Dios, se convierte en una invitación a todos los hombres a unirse a su acto de fe. Es el segundo valor del *Catecismo*, que está en referencia al amor al prójimo.

En estos tiempos en los que la razón humana, después de haber sido idolatrada, ha sido cercenada y se le ha prohibido ser ella misma abriéndose por completo al ser; y se le ha prohibido escuchar la voz de la conciencia y buscar a Aquel que allí la llama; y se la ha sometido y se la ha domesticado como instrumento de poder al servicio de las pasiones humanas... En estos tiempos es cuando más se necesita proclamar la verdad de la fe y explicarla, en estos tiempos el primer deber de la caridad es ofrecer la luz de la verdad.

# EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA EN SU VEINTE ANIVERSARIO Y EN EL «AÑO DE LA FE»

## I. Introducción

El Catecismo de la Iglesia Católica, un documento de la fe. Vinculación y servicio a la profesión de fe bautismal. Servicio a los contenidos de la fe y al acto de fe.

- JOSEPH RATZINGER – CHRISTOPH SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica* (Ciudad Nueva, Madrid 1995) 9-39

## II. El marco histórico eclesial del CCE.

A. Unidad interna entre el Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica*. El CCE, fruto y desarrollo del Concilio

B. Del Concilio Vaticano II al Catecismo de la Iglesia Católica. Ideas y acontecimientos que describen su contexto.

- JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei Depositum*.
- BENEDICTO XVI, *Porta Fidei*
- JOSEPH RATZINGER, "Prólogo a la nueva edición del año 2000", en: *Id. Introducción al Cristianismo* (Sígueme, Salamanca 14 2007) 17-32
- *Id.*, "La Nueva Evangelización": *Osservatore Romano* (19.1.2001) 7-8
- *Id.*, "Prólogo", en: *Id. (Dir.) Dios como problema* (Cristiandad, Madrid 1973)
- CLAUDIO STERCAL – PAOLO SARTOR (a cura di), *Paolo VI. Noi Crediamo... La fede del popolo di Dio* (Centro Ambrosiano, Milano 2012)
- "Pablo VI, Maritain y la Fe de los Apóstoles": 30 Días (Abril, 2008)
- GABRIEL RICHI ALBERTI, "Recibir el Concilio": *T.C.* 121 (2012) 13-33

## III. Relaciones entre Fe y Escritura en la transmisión de la fe. Valor y lugar del CCE.

- J. RATZINGER., "Transmisión de la fe y fuentes de la fe": *Scripta Teologica* 15 (1983), 9-29

## IV. La fe, conocimiento que salva.

El servicio del Catecismo a la confesión de la fe y a la profesión de Fe. El servicio a la verdad.

- JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales* 2 (Encuentro, Madrid 2007), 148-167